

CUANDO LAS IDEAS SE VUELVEN CREENCIAS ÚTILES: EL NACIONALISMO COMO INSTRUMENTO POLÍTICO

HENIO HOYO PROHUBER*

Para F. E. G.

POCAS COSAS ESTÁN MÁS PRESENTES EN LA LITERATURA y el discurso políticos en todo el mundo que las naciones y sus términos relacionados. Si en algo coinciden los actores políticos en la mayoría de los Estados, es en la constante referencia a la nación y al nacionalismo en todos los ámbitos imaginables de la vida pública: lo mismo respecto al régimen político en general, como a la defensa o crítica de los programas específicos de gobierno, o bien para calificar las actividades y declaraciones de casi cada actor político y social; para señalar los efectos de la llamada globalización y hasta para argumentar qué manifestaciones culturales se deben o no promover. Igualmente, en México los últimos años han sido pródigos en el debate sobre el petróleo, considerado como un “patrimonio” nacional.

Así, “nación” y sus derivados parecen ser términos omnipresentes, de uso en las más disímolas situaciones. Por su parte, “nacionalista” es un adjetivo que parece decidir sobre la calidad moral de una persona: si se es poco nacionalista, automáticamente se acusa de deslealtad, falta de fe o de traición incluso; si se es mucho, se señala autoridad, sacrificio personal y hasta heroísmo. De hecho, en México calificar a alguien como poco nacionalista es probablemente uno de los peores ataques políticos.

¿De dónde proviene dicha importancia? ¿Por qué la nación y el nacionalismo se han mantenido como conceptos centrales del debate político en prácticamente todo el mundo y continúan haciéndolo? La respuesta no puede ser un simple “porque así está organizado el mundo”. Tampoco bastan las

* El autor agradece los comentarios hechos por María Rubi y Gerardo Maldonado a los borradores de este texto, y aún más toda su paciencia y apoyo. Por supuesto, cualquier error o carencia es mi exclusiva responsabilidad.

explicaciones históricas, pues no explican por qué sigue vigente el nacionalismo hoy, en condiciones sociales y políticas tan distintas de las del siglo XIX.

Mi hipótesis es que la persistencia del nacionalismo en la vida política se debe a que ha incorporado elementos de, cuando menos, tres tradiciones de pensamiento político: el realismo político, el romanticismo y el mesianismo. Y al combinarlas con concepciones modernas sobre soberanía popular y legitimidad política, se ha logrado hacer del nacionalismo un instrumento que, por una parte, es útil para casi todos los actores políticos en la consecución de sus metas y, por otra parte, es adaptable a casi todas las situaciones, objetivos y decisiones políticas.

Así, estudiaré al nacionalismo como *instrumento político*, es decir, como un conjunto coherente de estrategias y acciones que los actores políticos utilizan para lograr objetivos políticos, hacer cumplir decisiones, promover intereses o lograr legitimidad entre una población particular. Una de las ventajas de este enfoque es que evita juzgar al nacionalismo como bueno o malo en sí mismo, lo que sucede con frecuencia en los estudios al respecto. Al observar el nacionalismo como instrumento político, se puede hacer una separación entre la herramienta en sí misma y el uso particular que un actor político le pueda dar. Es sabido que un mismo medio de comunicación puede enviar muy distintos mensajes, y que un martillo lo mismo ayuda a construir casas que a abrir cabezas. De la misma manera, el nacionalismo puede servir (y sirve) a muy distintas causas y objetivos; si el fin con que se lo emplea es moralmente bueno o condenable, ello en realidad no depende de la herramienta en sí, sino de quien la utiliza.

Caracterizan la relevancia de este tema las dos últimas décadas, en que han surgido nuevos Estados-Nación en todo el mundo: unos debatidos, como Kosovo u Osetia del Sur; otros reconocidos, como Timor del Este, Eritrea o los sucesores de las federaciones soviética, yugoslava y checoslovaca. Además, hay más movimientos (pacíficos o no) que demandan el reconocimiento y derechos políticos para lo que ellos consideran sus naciones: Transnistria, Abjasia, Kurdistán, Tamil Eelam, por sólo citar algunos. Por último, es relevante esta discusión porque incluso en Estados políticamente estables el nacionalismo sigue siendo parte clave de la vida pública; en unos, de forma más bien simbólica y retórica; en otros, señalando divisiones tan profundas, que ponen en peligro la continuidad del Estado.

La estructura de este artículo es la siguiente: primero, haré una breve introducción al tema y ofreceré definiciones básicas. Luego, analizaré cada una de las tres tradiciones políticas citadas (realismo, romanticismo y mesianismo) señalando su importancia en el desarrollo del nacionalismo. Después, relacionaré dichos argumentos con los debates sobre soberanía y legitimidad políticas. Por último, ofreceré mis conclusiones.

PERO, ¿QUÉ ES UNA NACIÓN?

Los términos “nación”, “nacional” y “nacionalismo”, de tan usados, se han vuelto evidentes en sí mismos: de acuerdo con Ortega, no son ideas que tenemos, sino ideas que somos: son creencias.¹ Por ende, a muy pocas personas se les ocurre cuestionarse sobre qué exactamente es una nación, cómo se forma, quiénes la integran y por qué es tan importante. Más aún, pocas personas se cuestionan por qué el adjetivo “nacional” se aplica a todo: esto es, qué tiene que ver exactamente la riqueza y los recursos naturales de una sociedad (economía y bienes nacionales) con el grado de independencia de un Estado frente a otros actores del globo (soberanía nacional) o con los planes y políticas de un gobierno o actor político (Plan Nacional de Desarrollo, Proyecto Alternativo de Nación); y más aún, qué tiene que ver todo esto con las actitudes políticas de la población (unidad nacional) y hasta con la conducta y opiniones de un individuo respecto a cierta comunidad (orgullo e identidad nacionales). Hay que decir que este uso bastante indiscriminado de los conceptos no es privativo de nuestro país. De hecho, sorprende ver cómo los mismos términos implican cosas radicalmente distintas en otros lugares del globo, donde los términos “nacionalismo” o “nacionalista” no evocan virtudes, sino que equivalen a divisivo, violento, criminal y hasta genocida.

Una de las razones de esta profusión (y confusión) es la importancia misma de dichos conceptos para el mundo moderno. Es un hecho que las entidades denominadas “naciones” son piezas clave en el orden mundial; también parece haber aquiescencia en que cada nación tiene –cuando menos en principio– derecho a estructuras políticas particulares (un Estado, una zona autónoma, cuando menos una administración propia) así como a la defensa de su particularidad: su cultura y costumbres, su lengua, su etnia, su historia particular o cualquier elemento que se escoja para el caso. Por su parte, el nacionalismo se mantiene como un fenómeno habitual, aunque se presente de maneras muy distintas: unas veces, como una benigna manifestación “patriota”; otras, con una virulencia extrema, genocida; en otras más, en una forma cotidiana, inadvertida, casi “banal”.²

Tal vez, por esta misma heterogeneidad e imprecisión, mucho se ha escrito, pensado y discutido respecto a naciones y nacionalismos, así como a fenómenos íntimamente ligados como las luchas de independencia, la autodeterminación de los pueblos o los conflictos interétnicos. Por un lado, en el discurso de políticos, activistas y líderes de opinión, a naciones y nacionalismos se les ha defendido apasionadamente y, con el mismo ahínco, se les

¹ José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*, Madrid, Revista de Occidente, 1942.

² Michael Billig, *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995.

ha atacado como fuente de conflictos, división y guerras; por otro lado, académicos de todas las regiones y disciplinas sociales han estudiado naciones y nacionalismos partiendo desde muy distintos enfoques, proponiendo un buen número de teorías, haciendo incontables estudios de caso y llegando a conclusiones muy distintas. La mayor parte de ellos, aun cuando intentasen definir de manera precisa qué es una nación y qué es el nacionalismo, terminaron por ofrecer sólo explicaciones parciales, aplicables a ciertos casos y, además, ampliamente debatibles. Esto ciertamente no sucede por falta de talento; por el contrario, varias de las mentes más destacadas de las ciencias sociales en los siglos XIX y XX se han dedicado a ello.³

En verdad, no es poco problema analizar “objetivamente” el nacionalismo cuando éste, apenas se lo considera un poco, es terreno de lo subjetivo y emocional. Aún menos fácil es la tarea de hacer coherente una idea como la de nación, que revela vaguedades o incluso francas contradicciones. Apenas se los analiza, los fundamentos conceptuales de todo nacionalismo (y de la idea misma de nación) parecen tambalearse; salta a la vista su carácter mudable, la dificultad para definir qué es una nación y encontrar razones sólidas para ello; sobresale la cantidad de mitos que toda historia nacional tiene, así como la facilidad y prontitud con que los argumentos nacionalistas pueden esgrimirse por cualquiera y con cualquier fin. Es por cuestiones como éstas que al nacionalismo se le ha criticado como conceptual y prácticamente impreciso, como políticamente peligroso y hasta moralmente condenable. Sin embargo, aquí propongo tomar un enfoque algo distinto: reconocer que el fundamento del nacionalismo es precisamente eso: su carácter cambiante, complejo, moralmente ambiguo. En una palabra, su carácter *político*.

UN INTENTO DE DEFINICIÓN

A partir de dicho enfoque es posible hacer un mejor análisis de las pocas propiedades comunes que se pueden encontrar en los nacionalismos: primero, todos ellos se enfocan en una comunidad humana (la nación) que se estima diferente a todas las demás en virtud de un conjunto de atributos específicos. Segundo, la nación se considera una comunidad moralmente superior a los individuos y grupos que la componen; por ende, estos no

³ Ejemplos clásicos de ello son Isaiah Berlin, Karl Deutsch, Ernest Gellner y Eric Hobsbawm, pero hay muchos más. De hecho, se requerirían muchas páginas para hacer una revisión, siquiera somera, de los autores y corrientes más relevantes. Para una idea más detallada, véase la *Encyclopedia of Nationalism*, 2 t., San Diego, Academic Press, 2001. Asimismo, otro ejercicio introductorio se puede encontrar en Craig Calhoun, “Nationalism and Ethnicity”, *Annual Review of Sociology*, núm. 19, 1993, pp. 211-239.

pueden legítimamente anteponer sus intereses a los de aquella. Tercero, dicha nación se presenta poseyendo tanto una historia en común, como un futuro compartido. Cuarto, por el solo hecho de serlo, la nación es automáticamente acreedora a una serie de derechos; sobre todo, al de proteger su individualidad (cultural, territorial, lingüística, etc.) mediante instituciones propias. Por supuesto, estas propiedades de los nacionalismos ya han sido analizadas, pero no siempre en su conjunto ni de forma explícita.⁴

Lo anterior constituye sólo el inicio del análisis, pero muestra ya grandes problemas. Por ejemplo, los atributos que constituyen a la nación (etnia, cultura, lengua, religión, territorio, etc.) casi siempre son imprecisos, cambiantes y debatibles: para empezar, no siempre es fácil precisar las diferencias étnicas de un grupo frente a sus vecinos. Por su parte, la diferenciación lingüística tampoco funciona siempre, pues muchas naciones distintas comparten idioma (español, inglés, francés, alemán...), y en otras ocasiones las diferencias entre dos o más lenguas son tan pocas, que se pueden pensar sólo como variaciones regionales de una misma –como sucede frecuentemente entre los idiomas eslavos. Aún más: ¿se puede hablar de una “cultura nacional” cuando resulta casi imposible encontrar un caso de una cultura única dentro de una misma nación? Tal vez precisamente por estas dificultades, las naciones generalmente no tratan de definirse en virtud de un sólo atributo, sino de una particular combinación de ellos. Esto, lejos de simplificarlo, complica aún más el análisis.

El estudio del nacionalismo presenta las mismas dificultades. Con este término lo mismo puede señalarse una identidad particular, que una valoración positiva hacia cosas y símbolos que se tienen como “propios” de la comunidad a la que se pertenece. Pero también puede ser una manifestación agresiva frente a lo que se juzga como extraño y amenazante; incluso, puede verse como un simple medio propagandístico por parte de un grupo, como la defensa de un conjunto de mitos o como una forma de justificar guerras, limitar los derechos del extranjero, señalar a los diferentes y expulsar o eli-

⁴ Por ejemplo, John Breuilly (*Nacionalismo y Estado*, trad. de José M. Pomares, Barcelona, Pomares-Corredor, 1990) identifica explícitamente a la primera, segunda y (en forma algo distinta) a la cuarta de estas propiedades como las bases de su análisis. Otros autores usan, aunque no siempre explícita y uniformemente, a una o más de ellas en sus respectivos análisis, aunque de formas muy variadas. Véase Benedict Anderson *Imagined Communities*, ed. rev., Nueva York, Verso, 1991; Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, trad. de Javier Setó, México, Conaculta-Alianza, 1988; Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1992 [en adelante, *Naciones...*]; Miroslav Hroch, *Social Preconditions of National Revival in Europe*, trad. de Ben Fowkes, Nueva York, Cambridge University Press, 1985; Elie Kedourie, *Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1993; Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell, 1986 [en adelante, *The Ethnic...*]; Rogers Brubaker, *Nationalism Reframed*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

minar a los elementos indeseables. Se podría señalar que el nacionalismo es todo eso a la vez y tal vez más.

Pero entonces, ¿qué es exactamente el nacionalismo? Más allá de las cuatro características generales mencionadas arriba, el resto es materia de amplio debate y de irregularidades: esto es justo lo interesante del tema. Ante las múltiples y muy diferentes definiciones en la literatura actual, aclararé mi uso de algunos términos.⁵ Por *nación* entiendo una comunidad humana que comprende distintas clases y grupos sociales, y que es delimitada por una élite intelectual o política de acuerdo a una serie de *elementos protonacionales*. Por estos últimos, en la línea de Hobsbawm,⁶ entiendo una serie de atributos que son valorados como específicos y distintivos de un grupo humano; entre ellos se pueden incluir características más o menos objetivas (una cierta lengua, un determinado grupo étnico o religión, un territorio o régimen constitucional compartidos) o subjetivas (una historia o mitología comunes, una cultura, etc.), pero que, solas o en determinada combinación, siempre son presentadas en el discurso como los fundamentos del carácter distintivo de la nación y como parte fundamental de la identidad de sus miembros.

Por último, por *nacionalismo* entenderé la ideología que afirma que una determinada nación tiene intereses, objetivos e ideales comunes (*valores nacionales*), los cuales son moral y permanentemente superiores a los de cualquier persona o grupo que pertenezca a dicha nación, y a los de los extranjeros que se encuentren dentro del territorio que ocupa.⁷ Por ende,

⁵ También la terminología misma es tema de debate entre los especialistas. Las definiciones aquí ofrecidas son resultado de mi labor de síntesis de muchas otras. *The Nationalism Project* ofrece en su página electrónica <http://www.nationalismproject.org/what.htm> un compendio inicial de algunas de las más representativas. Para una comparación más extensa, véanse las definiciones ofrecidas en la ya mencionada *Encyclopedia of Nationalism* [*supra*, nota 3] junto con las de dos obras homónimas: la editada por Athena Leoussi (New Brunswick-Londres, Transaction Publishers, 2001) y la de Louis Snyder (Chicago-Londres, St. James Press, 1990).

⁶ Véase Hobsbawm, *Naciones...*, pp. 46-79. La delimitación de naciones muchas veces se hace por élites de la propia (proto)nación. Véase, por ejemplo, Hroch, *op. cit.*, pp. 13 y s. Sin embargo, también se ha realizado con bastante éxito por élites externas, de acuerdo con objetivos políticos, administrativos, militares, demográficos, etc. Dos casos interesantes son, por un lado, la identificación, demarcación territorial y empoderamiento de grupos étnicos y nacionales hecha durante la Unión Soviética (véase Terry Martin, *The Affirmative Action Empire*, Ithaca, Cornell University Press, 2001; Francine Hirsch, *Empire of Nations*, Ithaca, Cornell University Press, 2005); y por otro lado, la hecha en ciertas partes de la Europa del Este ocupada por Alemania durante la Primera Guerra Mundial (véase Vejas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000).

⁷ "El nacionalismo existe donde los individuos sienten que pertenecen, antes que nada, a la nación, y donde el vínculo afectivo y la lealtad a esa nación, sobrepasa a cualesquiera otros vínculos y lealtades." Peter Alter, *Nationalism*, [Londres], Edward Arnold, 1989, p. 9.

nacionalista es el individuo que promueve o cuando menos acepta dicha ideología. Por último, con *identidad nacional* me referiré a las ligas emocionales y psicológicas entre un individuo y una nación, que son el resultado de sus experiencias de vida dentro de una nación, de la aculturación en ella y de la convivencia con otros miembros de la misma.

En estas definiciones se insinúan ya algunos puntos importantes. Para empezar, el que una nación sea definida en función de ciertos elementos protonacionales no implica que ellos sean fijos. De hecho, aunque en el discurso político sean presentados como originarios e inalterables, en realidad una misma nación no siempre se define de acuerdo a los mismos elementos: su composición puede cambiar profundamente a lo largo del tiempo, incluyendo a unas poblaciones hoy y a otras mañana; o basarse en unas características de la población en cierto momento y posteriormente en otras; o presentar cierta versión de la historia como la base de la nación y luego de unos años narrar otra.⁸ Aunque los elementos protonacionales pueden existir previamente en una u otra forma, también pueden haber sido contruidos o prácticamente inventados.⁹ Por su parte, los valores nacionales pueden cambiar profundamente (incluso en periodos muy cortos de tiempo) según varíen las necesidades de política interior y exterior de la nación o, más bien, de su Estado.¹⁰

En este sentido, es interesante ver que –por paradójico que parezca– ni aquellos elementos que supuestamente dan origen a la nación (lengua, etnia, pasado común, religión...) ni los valores nacionales que se promueven en el discurso político: unidad nacional, progreso, soberanía, etc., son permanentes: todo lo contrario. De hecho, lo único constante es que siempre habrá *un* grupo de elementos protonacionales y valores nacionales, aunque cambien en el tiempo. Ello ya es un indicio de que, más que su coherencia o naturaleza específicas, lo importante en ellos es la función que cumplen.

Véase también Isaiah Berlin, "Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente", en su libro *Contra la corriente*, trad. de Hero Rodríguez T., México, FCE, 1983, pp. 424 y s.

⁸ Para el análisis de las distintas (y contrastantes) versiones de la historia nacional en el caso mexicano, véase Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975; así como los ensayos reunidos en Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Historia y nación*, 2 t., México, El Colegio de México, 1998.

⁹ Eric Hobsbawm, "Mass-producing Traditions: Europe, 1870-1914", en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 263-307.

¹⁰ Un caso claro es el cambio de valores nacionales en México durante la década de los años ochenta, y el correspondiente viraje en el discurso nacionalista oficial. Véase Bernardo Mabire, "Dilemas del nacionalismo oficial mexicano", *Foro Internacional*, vol. 39, núm. 4, 1999, pp. 479-498; Sergio Aguayo Quezada, *El panteón de los mitos*, México, Grijalbo-El Colegio de México, 1998.

Por supuesto, no intento decir aquí que todo en el nacionalismo es un simple invento. Es innegable la existencia presente y pasada de grupos étnicos, comunidades lingüísticas y “culturas” que han tenido influencia de sobra relevante para el desarrollo de las naciones contemporáneas.¹¹ Mi argumento es que, aunque existentes, estas diferencias de identidad y grupo no son relevantes sino hasta que –justamente– toman *un sentido político*: cuando en nombre de esa diferencia se demande la independencia o autonomía de la comunidad y se establezca que sólo quienes tengan ciertos atributos (p. ej. el dominio de una lengua) pueden ser miembros de la nación y titulares de derechos como parte de la misma. Es sólo entonces cuando los nacionalismos nacen; antes, ciertamente hay grupos étnicos, culturas, lenguas, identidades de grupo y hasta elementos protonacionales, pero no naciones y ciertamente no nacionalismos.

De las definiciones mencionadas también se desprende que no considero identidad nacional y nacionalismo como sinónimos. La primera se refiere a las ligas que, de forma natural, se desarrollan por la interacción entre un individuo y su medio social y natural, y que resultan muchas veces en una valoración positiva de ciertas características de la comunidad nacional en que se vive. En ese sentido, la identidad nacional es un hecho de la vida; puede ser más o menos evidente según la persona, o cambiante (p. ej. como resultado de una migración o de una guerra civil). El nacionalismo, en cambio, se refiere a una noción de superioridad de la nación sobre el individuo y, con ello, de poder de la comunidad sobre las personas, lo que lleva a una relación de derechos y obligaciones. Así, tanto la identidad nacional como el nacionalismo se refieren a la nación; pero uno como una valoración afectiva personal y el otro como una relación de poder en una comunidad.

Por supuesto, el desarrollo de la identidad nacional implica procesos de aculturación, por lo que el Estado puede influir en ello (y lo hace) mediante una educación pública que tiende a crear o reforzar una identidad nacional específica. Sin embargo, esto no obsta para que la identidad nacional y el nacionalismo sean fenómenos distintos y que incluso puedan entrar en conflicto: es perfectamente posible que una persona tenga una fuerte identidad nacional y a la vez esté en desacuerdo con el tipo de nacionalismo que se promueve desde el Estado, o el de ciertos grupos dentro de la nación.

Como se ve, invariablemente el nacionalismo lleva a matices y cuestiones conceptuales. Con todo, siempre hay un fondo que no varía, y es su *carácter*

¹¹ Este es el enfoque de los autores influidos por los estudios antropológicos, etnológicos e históricos sobre el nacionalismo, y de aquellos que lo perciben como un fenómeno ya presente desde la Antigüedad. Al respecto, véase Anthony D. Smith, *The Ethnic...*; del mismo autor, *National Identity*, Londres, Penguin Books, 1991. Adrian Hastings, *La construcción de las nacionalidades*, trad. de Cristina Piña, Madrid, Cambridge University Press, 2000.

político esencial. Es decir, en el nacionalismo, la nación de que se trata se asume como una colectividad moral y políticamente superior a todas las demás en su territorio; y ello es lo mismo si hoy se la define de acuerdo a una lengua, mañana de acuerdo a una etnia y pasado mañana según una historia común. De igual manera, cualesquiera que sean los valores nacionales promovidos, tienen el rango de imperativos categóricos para los individuos que componen la nación. Sin importar la naturaleza de la nación, el nacionalismo reclama para ella el derecho de guiarse a sí misma.

En suma, para explicar el nacionalismo, resulta fundamental la idea de que la diferencia de grupo es la fuente de derechos y legitimidad política. ¿Pero cómo se llega a ello? Sin negar la importancia de muchísimos otros fenómenos, aquí me enfocaré en analizar tres conceptos que considero fundamentales para responder esta pregunta: el realismo, el romanticismo y el mesianismo políticos.¹² En ellos se pueden encontrar las raíces conceptuales más importantes de lo que hoy llamamos naciones y nacionalismos y, por tanto, pueden ayudar a explicar por qué, pese a ser conceptos tan vagos, han sido y siguen siendo las bases del orden político actual.

LA REALIZACIÓN DE LA POLÍTICA

Las concepciones sobre los objetivos de la actividad política no han sido siempre los mismos. Si durante mucho tiempo ella estuvo orientada a fines trascendentales vinculados a alguna doctrina religiosa y a valores tradicionales como honor, fidelidad o caridad, paulatinamente la misma se transformó en algo mucho más pragmático, directamente relacionado con las necesidades del poder terrenal, humano.¹³ En particular, es mediante la obra de Maquiavelo y de Hobbes que la labor política y las estructuras de poder se emplean en la solución de problemas humanos, y la máxima meta es la obtención y mantenimiento del poder y más precisamente la supervivencia terrenal del Estado.¹⁴

Así, independientemente de la existencia de un orden divino (lo cual no se discute en la práctica) el realismo político establece que el orden de

¹² La separación de estos tres ámbitos conceptuales, como sucede en todo análisis histórico que intente estudiar más de un momento y lugar específicos, termina por ser artificial. Aquí simplemente se está haciendo un ejercicio de análisis, reconociendo que muchas veces los tres fenómenos se traslapan en tiempo y espacio, y toman distintas formas según las sociedades y condiciones en que se manifiestan.

¹³ Véase al respecto la obra de Friedrich Meinecke, *La idea de la razón de Estado en la edad moderna*, trad. de Felipe G. Vicen, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.

¹⁴ Nicolás Maquiavelo, *De Principatibus*, trad. de Elisur Arteaga y Laura Trigueros, México, Trillas, 1993; Thomas Hobbes, *Leviatán*, trad. de Manuel Sánchez, México, FCE, 1980.

este mundo se debe regir por consideraciones basadas en la experiencia –precisamente– de este mundo, dado que “el hombre es inmortal, su salvación está en el más allá; el Estado no tiene inmortalidad, su salvación es ahora o nunca”.¹⁵

Entonces, para garantizar la supervivencia del Estado, el soberano o príncipe debe tener puesta su atención en la correcta percepción de la realidad y en la prudencia de sus actos y decisiones. Sobre todo, no debe fundamentar sus acciones en la buena fe sobre la condición humana o en valores por los cuales otros hombres se considerarían virtuosos: el soberano debe obedecer a otros imperativos y, en caso de que tenga que optar entre ser amado o temido, no debe dudar, ya que la mejor forma de mantener el orden público es basarse en la emoción que las instituciones políticas pueden inducir con mayor seguridad entre sus súbditos: el miedo al castigo físico.¹⁶

Así, la naturaleza humana no da espacio a consideraciones sobre lo bueno y lo malo –al menos no en el ámbito político–, sino sólo entre lo útil y lo estéril; el soberano que insista en conducirse de acuerdo a otros criterios no asegura su subsistencia, sino que se condena al fracaso: “Y ha de entenderse esto: que un príncipe [...] no puede observar todas aquellas cosas por las cuales los hombres son tenidos por buenos, estando a menudo necesitado, para conservar su Estado, de actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión.”¹⁷ En ese sentido, en el realismo la moral individual se separa de la moral política y las estructuras de poder se orientan a la supervivencia de las instituciones terrenales, dejando a otras instancias, como la Iglesia y la familia, la vigilancia de aquellos códigos de conducta, actividades, tradiciones o instituciones cuya importancia política sea inferior.

Esta forma de pensar la política y sus fines constituyó un cambio radical: el realismo permitió la des-trascendentalización del poder y la des-ilusión respecto de los fines con que los hombres lo usan, sacrificados ambos ante necesidades más pragmáticas: subsistencia, seguridad y mantenimiento de la supremacía política. Con ello, se logra la formalización o más exactamente, la *autonomía* de la política en tanto campo del conocimiento y la actividad humanas.

Por ende, con esta “realización” de la política, todas aquellas instituciones y tradiciones que no fueran parte del aparato de control político pasaron

¹⁵ Cardenal Richelieu, citado en Henry Kissinger, *La diplomacia*, trad. de Mónica Utrilla, México, FCE, 1995, p. 56.

¹⁶ “Los hombres tienen menos miedo de ofender a uno que se hace amar que a uno que se hace temer, porque el amor es tenido como un vínculo que obliga, el cual, por causa de la triste condición humana, en cualquier ocasión de utilidad es propio, mas el temor es tenido como un miedo al castigo que no abandona jamás.” Maquiavelo, *op. cit.*, cap. XII, § 12.

¹⁷ *Ibid.*, cap. XVIII, § 18.

a un término subordinado frente al Estado, incluyendo, por supuesto, al individuo y su moralidad particular. Desde el punto de vista de los críticos del realismo, ello significaba una perversión: pasar de un Estado defensor de la verdad a un Estado sin moral.¹⁸ Pareciera que si para cualquier organización (particularmente las iglesias) hay códigos éticos fundamentales que se mantienen inalterados aun cuando los individuos los rompan, para el Estado, en cambio, “le es de esencia envilecerse constantemente por violaciones de la ética y del Derecho [...] *El Estado tiene, al parecer, que pecar*. El sentimiento ético, en verdad, se rebela una y otra vez contra esta anomalía, pero sin éxito históricamente. He aquí el más terrible y pavoroso hecho de la historia: que no es posible etificar radicalmente aquella comunidad humana que abarca para su protección y fomento a todas las demás...”¹⁹

Sin embargo, lo anterior no es exacto: el realismo no busca la ausencia de valores, sino la preeminencia de un sistema ético particular, en donde las virtudes tradicionales (honor, fidelidad, caridad...) son suplantadas por otras, encarnadas en la *virtù*. Esto implica, ciertamente, el cambio de las relaciones entre los actores políticos. Es decir, la diferencia entre fiel e infiel obedece a un imperativo absoluto; o se está con Dios o no, y ello sólo puede ser resuelto mediante la conversión o la muerte. En dicho concepto, el Estado terrenal es simplemente una herramienta en la defensa de la fe propia y la lucha contra la fe ajena. En cambio, a partir del realismo la situación es la contraria: la diferencia entre aliado y enemigo es siempre temporal, según las circunstancias y objetivos políticos del Estado. Por ende, el aliado en la guerra de hoy puede ser el enemigo de mañana (y viceversa) y ello no es moralmente punible; de hecho, sería una expresión de la *virtù* de los estadistas.

Precisamente por ello, el Estado debe tomar el monopolio de la distinción entre amigos y enemigos como una de sus funciones más centrales: así puede señalar a aliados y a extraños, defenderse de ellos y (si así conviene) expulsarlos o destruirlos, pero siempre de acuerdo a criterios realistas. Esto se aplica hacia el exterior (es decir, a otros Estados), pero también en lo interno: el Estado no es sólo un defensor de la paz, sino un creador de ella²⁰

¹⁸ “La teoría de Maquiavelo fue como una espada que se clavó en el cuerpo político de la humanidad occidental, haciéndola gritar y rebelarse. No podía ser de otra manera, ya que con ella no sólo se hería sangrientamente el sentimiento moral natural, sino que, además, se amenazaba mortalmente la conciencia cristiana [la cual había sido] el vínculo más fuerte de unión de los hombres y los pueblos, la potencia espiritual más elevada en ello.” Meinelcke, *op. cit.*, p. 51.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 13-14. El énfasis es mío.

²⁰ “El soberano no es un *defensor pacis*, de una paz reconducible a Dios; es el creador de una paz exclusivamente terrenal, *creator pacis*. La argumentación se desarrolla, entonces, en sentido inverso con respecto de los razonamientos propios del derecho divino: debido a que el poder estatal es omnipotente, él tiene carácter divino. Pero su omnipotencia es totalmente

y, en tanto, tiene que ser omnipotente. Cualquier otra consideración debe ser asunto subordinado.

En resumen, a partir del realismo el Estado como institución no admitió competidor a su poder dentro de los límites de su territorio, en sentido geográfico, político y conceptual.²¹ El individuo (sobre todo el estadista) es quien tiene que adaptarse y servir al Estado, por encima incluso de sí mismo. Así, con el realismo la persona queda al servicio de las instituciones y de la misma actividad (la política) de la que antes se servía para lograr objetivos personales.

Lo anterior se relaciona con el tema de este trabajo por el hecho mismo de estar ligado a la actividad política y al Estado modernos: el nacionalismo se desarrolla en un marco orientado a objetivos y estructuras terrenales, interactuando con instituciones, movimientos e intereses políticos orientados a metas concretas, humanas. El realismo, por ende, impone el medio para la actividad política de las naciones y los nacionalismos: tanto es así, que la máxima aspiración de todo movimiento nacionalista es, precisamente, la misma que la de realismo: lograr un Estado soberano, fuerte, seguro, poderoso y eterno.

Así, la formalización de la actividad política, la consecuente secularización y desmoralización del Estado y la supremacía de este último sobre todo individuo, incluido el propio gobernante, son elementos clave para la aparición del nacionalismo. Sin embargo, no es eso todo. El realismo colocó los cimientos para el Estado moderno y para que, en el futuro, toda política tuviera como objetivo principal intereses específicos y terrenales, dentro de un sistema axiológico que subordinaba la moral particular o religiosa a consideraciones pragmáticas. Pero ello no lo hizo inmune a la reacción de –cuando menos– dos visiones distintas sobre los fines y medios de la actividad política: el romanticismo y el mesianismo. Veamos el primero de ellos.

LA NACIÓN PRIMIGENIA

Por sus alcances y por el radicalismo de sus propuestas, el romanticismo político resulta fundamental para el desarrollo del nacionalismo y en gene-

de otro origen que divino: es obra del hombre y se constituye a través de un “pacto” celebrado por hombres.” Carl Schmitt, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*, trad. de Antonella Atilli, México, UAM, 1997, p. 76.

²¹ “Como principio e idea [...] la razón de Estado sólo es aprehendida en un determinado estadio del desenvolvimiento histórico, cuando el Estado se ha hecho suficientemente fuerte para vencer aquellas barreras y para imponer frente a todas las demás potencias vitales su propio e incondicionado derecho a la vida.” Meinecke, *op. cit.*, p. 27; cf. Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, trad. de Rafael Agapito, Madrid, Alianza, 1998, p. 49.

ral, de la política actual. Sin embargo, su definición es tarea muy complicada. En él se ha incluido una variedad de autores, corrientes e ideas de los siglos XVIII a XIX, cuyos puntos en común son frecuentemente difíciles de identificar.²² En sus obras, el lector encuentra constantemente elementos disímiles: lo mismo la exaltación de la vida, que el fervor por la muerte, la enfermedad y la decadencia; una constante búsqueda por lo divino, immaculado y sagrado, pero paralelamente un culto a lo oscuro, lo oculto, lo impuro y hasta lo perverso. Se admira lo complejo, lo caótico y violento, pero a la vez se muestra obsesión por la paz, por la unicidad, por la armonía con lo natural. De hecho, la devoción romántica por la naturaleza se lleva a tal extremo, que el resultado termina por ser antinatural: paisajes tan idílicos sólo pueden existir en la imaginación del hombre, no en la realidad.²³ Eso sí, el romanticismo es cualquier cosa menos lo gris, lo matizado o equilibrado: es lo contrastante por definición.

Pese a que en principio ello pareciera un arreglo desatinado de cosas distintas, dentro de la extrema heterogeneidad del romanticismo se puede identificar una pauta de fondo: su carácter de respuesta crítica a la realidad. Por ende, la mejor manera de analizar el romanticismo se da respecto a lo que, como conjunto, se opone. Los estudios en este sentido revelan que los románticos luchaban contra una misma idea: la concepción de que hay un orden en el universo, que es coherente y comprensible y que el individuo puede encontrar mediante el uso de la razón y con el método adecuado.²⁴

Así, frente a las concepciones clásicas y al racionalismo, la reflexión romántica asevera que el universo es un caos permanente y, por tanto, un lugar donde no hay una estructura dada de las cosas, ni normas universales o particulares que descubrir. La vida es acción, no sujeción; es creación y no descubrimiento; es contacto íntimo con el mundo y su complejidad, no racionalismo artificial.²⁵ El hombre es un manantial infinito de posibilidades; es él mismo quien hace las leyes con la sola intervención de su voluntad creadora, no sujeta a nada, ingobernable también ella. Más bien, son las estructuras de la sociedad actual las que oprimen al hombre e impiden el desarrollo

²² Hacer un compendio de sus exponentes sería muy largo: incluye a figuras como Goethe, Heine, Byron, Keats, Wordsworth, Dumas, Victor Hugo entre los escritores y poetas; o a Delacroix, Constable, Goya entre los pintores, sin contar las otras artes. Para mejor referencia, véase H. G. Schenk, *El espíritu de los románticos europeos*, trad. de Juan J. Utrilla, México, FCE, 1983.

²³ Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, trad. de Silvina Marí, Madrid, Taurus, 2000, p. 37. En adelante, *Las raíces...*

²⁴ *Ibid.*, pp. 43 y ss.; del mismo autor, *Árbol que crece torcido*, trad. de Jaime Moreno Villareal, México, Vuelta, 1992, *passim* (en adelante, *Árbol...*); y "La contra-ilustración", en *Contra la corriente*, pp. 59-62.

²⁵ Berlin, *Las raíces...*, pp. 159-170.

de su espíritu y de sus capacidades; por ende, estas estructuras opresivas deben ser derribadas para que el ser humano encuentre su realización.²⁶ Por ende, aquel que vive buscando preceptos y patrones a los cuales obedecer, reprimiendo por ello su vida interna que lo impulsa a crear, a modificar, a actuar espontáneamente y rebatir lo dado, es alguien que en realidad no está vivo, sino que sólo es una especie de autómeta:

Lo que ellos llaman conciencia ya no existe para mí, no me castiga ningún sentimiento. Nada hay por lo cual tenga yo que guiar mi conducta [...] Cuando despreciando [...] la vida animal y sensible [el hombre] se arroja a los pies del deber, no es capaz de elevarse [...] y mirar y entender la naturaleza que la libertad elige por sí misma. La mayoría, precisamente por no haber alcanzado el pensamiento de su propia existencia superior, se mantiene flotando en un término medio indeterminado y en realidad no representa la humanidad sino con elementos muy toscos.²⁷

Al enaltecer la originalidad, la vida auténtica y libre, el romanticismo dirige su crítica hacia dos grandes adversarios. El primero es la sociedad tradicional europea (cortesana y burguesa) de los siglos XVIII-XIX, sus costumbres y formas de vida, basadas en lo regular, lo expresado en hábitos, modelos e instituciones: lo *clásico* o más exactamente lo neoclásico, que el romanticismo considera una simple imitación vacía y frívola de los modelos artísticos, culturales y sociales de griegos y romanos, hecha sin comprender lo que ellos en realidad buscaban.²⁸ Frente a esto, el romanticismo se rebela de manera radical, buscando justamente lo contrario: esto es, lo extraño, lo único e intenso, la anomalía, lo exagerado y extravagante; lo que no se rige por los estándares y costumbres.²⁹

Mas el romanticismo también dirige su crítica hacia un segundo adversario: el racionalismo, ligado a la Ilustración y al liberalismo francés e inglés. Los románticos, seguidores de las emociones y de la autenticidad, percibieron el racionalismo como frío, falta de fe, producto de una razón sobrevalorada en sus capacidades para hacer al hombre libre. En realidad, a la razón no se le objeta su naturaleza cognoscitiva (lo cual sería negar lo evidente), sino que se pone en duda su capacidad para crear una forma de

²⁶ T. E. Hulme, "Romanticismo y clasicismo", en su libro *Especulaciones*, trad. de Vicente Gaos, México, UNAM, 1979, pp. 124 y s.

²⁷ F. D. E. Schleiermacher, *Monólogos*, trad. de Ramón Castilla, Buenos Aires, Aguilar, 1960, pp. 40-41.

²⁸ Irving Babbitt, *Rousseau and Romanticism*, Nueva York, Meridian, 1959.

²⁹ *Ibid.*, pp. 16-25, *passim*.

vida social que lleve a la libertad de las personas.³⁰ En vez de la idea de progreso –fundamentada en concepciones racionales y liberales, y encarnada en la Revolución Industrial– el romanticismo propone lo contrario: el regreso a un orden anterior, sencillo, perenne e incontaminado; a un ideal de pureza, un Paraíso propio de cada comunidad, donde los hombres puedan ser libres.³¹

Por ello, en el romanticismo no se intenta hacer de lo natural algo bello o útil mediante la acción transformadora del hombre, lo cual parecería la esencia misma de la civilización, sino que lo bello es la naturaleza en sí misma, intocada, inalterada:

la exaltación de la naturaleza es tanto una crítica moral y política de la civilización como la afirmación de un tiempo anterior a la historia. Pasión y sensibilidad representan lo natural: lo genuino ante el artificio, lo simple frente a lo complejo, la originalidad real ante la falsa novedad. [Para el romántico,] la superioridad de lo natural reposa en su anterioridad: *el primer principio, el fundamento de la sociedad, no es el cambio [...] sino un tiempo anterior, igual a sí mismo siempre.*³²

Con concepciones como esta, detrás de su vaguedad y aparente incoherencia, el romanticismo hizo una crítica radical al mundo en que se encuentra y, a la vez, ofreció una propuesta contraria al racionalismo y a la Ilustración. Las objeciones a la rigidez de las pautas sociales y a la artificialidad de los grupos burgueses, los reclamos sobre la opresión por parte de las instituciones y jerarquías, la revalorización del pueblo, al que se ve como “auténtico” en comparación con la artificialidad burguesa y monárquica..., implican una disconformidad –tan poco articulada, como efectivamente presente– a los valores, formas y mecanismos de organización social existentes.

Al proponer el regreso al principio y buscar la autenticidad, el romanticismo habla de des-construcción social, de des-institucionalización y ciertamente no de progreso en el sentido liberal y racionalista: si los mismos fines y fundamentos de la sociedad y de la política están equivocados, entonces no hay nada que reformar o perfeccionar; sólo queda refundar completamente el sistema social, siguiendo lo original, lo auténtico.

En este sentido, el poeta o artista romántico no resulta sólo un narrador de lo bello, sino un artista social: un creador. Su función no es sólo llevar placer o despertar emociones en la audiencia, sino que debe convertirse en el

³⁰ Berlin, *Las raíces...*, p. 68; *Contra la corriente*, pp. 65-69.

³¹ Octavio Paz, *Los hijos del limo*, en sus *Obras completas*, t. 1, México, FCE, 1994.

³² *Ibid.*, pp. 360-361. El énfasis es mío.

guía y descubridor de la verdad; crea obras de arte, pero también hace del arte un medio de propaganda para la salvación de la sociedad.³³ Al hablar, el autor romántico lo hace como ideólogo; la mayoría de ellos “son moralistas y no ocultan su propósito de mejorar, corregir y reformar, tratando de hallar en la naturaleza humana y sobre todo en la vida imaginativa nuevas creencias sustentadoras. *El poeta no es sólo un poeta, sino el intérprete de la creación*; de ahí que la mayoría de ellos adopten una posición metafísica y una posición política.”³⁴

Las implicaciones políticas y ciertamente revolucionarias de estas ideas saltan a la vista y sus consecuencias se pueden ver en, cuando menos, cinco elementos de la política moderna: primero, la sospecha sobre la legitimidad de las instituciones existentes; segundo, la simpatía casi espontánea por el oprimido; tercero, la justificación de toda lucha que se haga en nombre de ideales; cuarto, la creencia en la bondad intrínseca del pueblo; quinto, el que diferencias no políticas se puedan invocar como fuente de derechos políticos.

El primero de dichos elementos ya se pudo ver arriba: el romanticismo crea una duda constante sobre la legitimidad de las estructuras sociales y políticas, ya que lo existente no es necesariamente lo auténtico y lo más probable es que le haya sido arrebatado su sentido original: lo actual es lo *no* natural, lo *no* verdadero, lo que coarta la libertad del individuo y su potencialidad creadora. Por lo tanto, es ilegítimo.

Esta concepción romántica está en los orígenes y discurso de muchos movimientos que reclaman que un determinado país o sociedad no sólo requieren arreglos, sino que necesitan volver a sus orígenes, encontrar su autenticidad y su verdad particular: refundarse. Con base en esto se declara la invalidez de las instituciones existentes y se llama al pueblo a implantar otras, de manera libre, autónoma y espontánea, para así recrear la comunidad –aunque seguramente serán ciertas élites quienes acaben haciendo dicho ejercicio. Si esto es claro en los objetivos y programas de los movimientos de liberación nacional, también se puede ver en muchos otros fenómenos políticos contemporáneos, particularmente en el populismo, como veremos más adelante.

La segunda huella del romanticismo también es fácilmente perceptible hoy. Aquel que sufre o dice sufrir (cualquiera que sea la causa de su sufrimiento) obtiene simpatía y hasta legitimidad casi automáticas, a veces pese a la dudosa moralidad de los fines que persigue y por los que sufre.³⁵ Así, al héroe, revolucionario o mártir se le defiende, incluso antes de verificar cuáles son

³³ Luis Cernuda, *El pensamiento poético en la lírica inglesa, siglo XIX*, México, UNAM, 1974.

³⁴ *Ibid.*, p. 7. El énfasis es mío.

³⁵ Berlin, *Las raíces...*, pp. 179 y ss.

sus intenciones u objetivos: estos se suponen buenos por el mismo hecho de haberse rebelado contra las estructuras existentes. El acto mismo de sufrir es considerado injusto y, por ende, hay un reclamo inmediato a la autoridad por oprimirlo de esa manera o por no solucionar su pena, muchas veces a pesar de que dicho sufrimiento no haya sido causado por la autoridad o, incluso, que sea resultado de un acto criminal por parte del pretendido sufriente.

En efecto, esta actitud no sólo tiene sus raíces en el romanticismo, sino que también se deriva de concepciones de orden religioso, particularmente las judeocristianas.³⁶ Sin embargo, la virtud del romanticismo es transferir dicho sentido al ámbito humano y social, apartándolo de consideraciones religiosas.

El hecho de que se sienta admiración, desde 1820 en adelante, por la minoría en sí misma, por el desafío como tal, por el fracaso como algo incluso más digno y respetable que el éxito, por la oposición a la realidad en nombre de algún ideal, por asumir posiciones de principio, aun cuando el principio pueda ser absurdo... todo eso es lo verdaderamente significativo y, sobre todo, lo políticamente importante: basta pregonar que se busca la liberación y, particularmente, la liberación colectiva [...] para obtener aureola moral y simpatía inmediata.³⁷

Aunado a los anteriores, el romanticismo aportó (como en su momento lo hiciera la religión) un tercer elemento de gran utilidad para el Estado y las élites al momento de legitimar sus decisiones: la indiscutible superioridad moral de ciertos ideales. Así, en nombre de nociones como los “justicia” o “libertad” se puede justificar cualquier acto: en especial, cualquiera que emane de una comunidad que busca la reparación de lo que alega es una injusticia histórica. A los ojos de los seguidores, ni el grupo ni sus dirigentes pueden ser culpados por actos que en otra situación serían reprobables, dado que los han hecho en nombre de fines más grandes (llámense justicia, libertad, paz, soberanía...) y en nombre de una colectividad trascendental y superior –como la nación o la clase. Con esto, la responsabilidad individual sobre un hecho se traslada al propio ideal, liberando así al individuo de culpa sobre sus actos: la persona hizo lo que tenía y debía hacer; el crimen, si se cometió en nombre y por bien de la comunidad, no es tal.³⁸

Esto lleva al cuarto elemento del romanticismo, que se encuentra hoy en día en pleno vigor: el sentido esencialmente bueno del pueblo. Este se percibe

³⁶ Véase Fernando Escalante Gonzalbo, *La mirada de Dios*, México, Paidós, 2000.

³⁷ Berlin, *Las raíces...*, p. 185.

³⁸ Véase Karl Popper, *The Open Society and its Enemies*, t. 2, Londres, Routledge, 2003, p. 54; y para el caso mexicano, Fernando Escalante Gonzalbo, “Los crímenes de la patria”, *Meta-política*, núm. 5, 1998, pp. 19-38.

como el depositario de los auténticos valores y “espíritu” de la comunidad; por ende, es sólo el pueblo sencillo y humilde (generalmente campesino) el que puede dar la pauta para encontrar la verdad y rediseñar la sociedad actual. Su pobreza, ignorancia y aislamiento han sido sus más graves carencias, mas en el fondo también son sus más grandes ventajas: ellas le han permitido estar alejado de las influencias externas, de la de la hipocresía de las cortes, de la corrupción moral de la sociedad burguesa, del interés egoísta imperante en las ciudades. La refundación de la sociedad debe, por tanto, buscarse en esa comunidad auténtica: por ejemplo, en la “nación verdadera” dispersa por los campos, aislada y por eso pura, que es la depositaria de los auténticos valores, aspiraciones y cultura de la comunidad.

Esta confianza en el pueblo, la defensa de su supuesta autenticidad como la base y objetivo del régimen político ideal y la lucha contra las instituciones que buscan restringirla o imponer otro tipo de orden, son fenómenos visibles con bastante frecuencia en la política moderna. Se expresan en el nacionalismo y su rescate de los “auténticos” valores, tradiciones, culturas, lenguas e historias, junto con su correspondiente difusión con ayuda de la educación pública, la historia oficial, los museos, las exposiciones oficiales, las fiestas nacionales y celebraciones públicas.³⁹ Pero también puede detectarse en otros movimientos y discursos políticos, como en ciertas ramas del indigenismo, del comunitarismo y del discurso multiculturalista.⁴⁰

Por último, un quinto elemento del romanticismo es esencial: el que las diferencias físicas o culturales otorgan, *ipso facto*, derechos políticos. Ello se asume hoy como evidente, aunque de hecho resulta difícil encontrar una relación causal manifiesta entre la posesión de ciertas características culturales o biológicas (los rasgos particulares de una etnia, una cultura regional, una lengua o dialecto...) que son resultado de hechos bastante aleatorios y subjetivos, y el reclamo por ejercer el poder sobre un territorio y comunidad particular.

³⁹ Existe una extensa literatura sobre México en dichos temas. Respecto a la educación pública, véase Rafael Segovia, *La politización del niño mexicano*, México, El Colegio de México, 1977; Josefina Zoraida Vázquez, *op. cit.*; Pilar Gonzalbo, *op. cit.* Respecto a la historia y cultura nacionales y cómo ellas se exponen en el espacio público, véase Claudio Lomitz-Adler, *Las salidas del laberinto*, trad. de Cinna Lomnitz, México, Joaquín Mortiz, 1995; del mismo autor, *Modernidad Indiana*, México, Planeta, 1999; Ricardo Pérez Montfort, *Avatares del nacionalismo cultural*, México, CIDHEM-CIESAS, 2000; Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna*, México, FCE, 1998.

⁴⁰ Ejemplos de dichas concepciones, mezcladas con otras provenientes del liberalismo, pueden encontrarse en la actitud de protección y revalorización de las formas de vida y organización social de las comunidades étnicas e indígenas, respecto a los Estados y gobiernos. Para una revisión crítica reciente del tema, véase Kymlicka, *Multicultural Odysseys*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

¿Cómo argumentar que ciertas expresiones artísticas y culturales compartidas por un grupo, o incluso ciertos rasgos físicos comunes, se vuelvan las bases para exigir derechos políticos? Ello se puede hoy, justamente, gracias a la capacidad del romanticismo para hacer de las diferencias una fuente de derechos fundamentales, inalienables y superiores a cualesquiera otros. Anterior al romanticismo, la diferencia política fundamental era entre afiliaciones religiosas o dinásticas; el resto de características sociales importaba bastante menos. Sin embargo, desde el romanticismo cuestiones como el hablar determinada lengua, o tener una serie de rasgos físicos compartidos, o compartir un territorio dado (cosas que habían sido parte del medio social y hasta natural del grupo) de pronto se vuelven sustento de los reclamos de particularidad de una comunidad y de sus consiguientes derechos políticos. Son cosas bastante ajenas a la política, pero que la veta romántica y su búsqueda de lo auténtico y propio vuelve elementos fundantes: hechos y datos que, en la interpretación de los ideólogos y líderes nacionalistas, son prueba de la existencia de la nación y de sus consiguientes derechos. El romanticismo logra que el hecho (tan contingente, tan circunstancial) de haber nacido en un sitio y no en otro, con unas características físicas particulares y no otras, o dentro de cierto medio sociocultural entre todos los posibles, sea investido de pronto de un sentido esencial, extraordinario... y además, político.

Entonces, si la comunidad se define políticamente gracias a ciertos rasgos, la defensa de cualesquiera que ellos sean –una lengua, una cultura, incluso una historia común (real o inventada)– se vuelve un deber moral. El mantener esas particularidades es necesario, legítimo y bueno en sí mismo. En la interpretación romántico-nacionalista, haber nacido en una “nación” particular no es cuestión de suerte, sino una verdadera fortuna para el individuo –y como toda fortuna, crea corresponsabilidad: la de mantener viva la nación.⁴¹

En este sentido, el discurso de quienes actúan como guías de la nación es que no sólo defienden “porque sí” a una lengua, etnia o cultura específicas; más bien, están actuando en nombre de fuerzas y valores superiores (como la libertad, la justicia o en palabras más modernas, la autodeterminación) que le han sido negadas a una nación en particular. Por ende, las acciones de los líderes son moralmente buenas de acuerdo a esos fines, incluso si en otra situación fueran catalogadas de irracionales, destructivas y hasta bárbaras. Son los fines nobles los que hacen la diferencia entre una lucha de liberación y un genocidio:

⁴¹ Como bien dice Anderson, la magia del nacionalismo consiste en transformar el simple azar en predestinación [“turn chance into destiny”]. *Op. cit.*, p. 12.

los serbios nunca han conquistado y explotado a otros. Su esencia nacional e histórica ha sido libertaria a través de toda la historia y a través de las dos guerras mundiales, como es hoy. Ellos se liberaron a sí mismos y cuando pudieron ayudaron a otros a liberarse. El hecho de que en esta región sean una mayoría nacional no es un pecado o deshonra serbia [...] debo decir que aquí, en este gran, legendario campo de Kosovo, los serbios tampoco han usado su ventaja de ser grandes para su propio beneficio.⁴²

En resumen, el romanticismo permea a muchos aspectos de la política actual y en particular al nacionalismo. Pero implica una gran paradoja: el Estado realista, en principio ajeno a toda moral que no fuera la *virtú*, encontró en el romanticismo a un crítico que buscaba la introducción de valores bastante ajenos a una política pragmática, enfocada en la conservación del poder. Sin embargo –y muy al estilo realista–, este crítico resultó ser un poderoso aliado a la hora de legitimar decisiones políticas, pues le permite actuar en nombre de nociones intrínsecamente buenas y de una comunidad cuyo carácter especial, auténtico y sufriente le otorga derechos de manera indiscutible. Un Estado que actúa en nombre de una nación no puede equivocarse y por ende sus decisiones no deben (no pueden) ser contradictorias, excepto por los enemigos, los desleales y los ignorantes.

Esta herencia no sólo se ve en el nacionalismo, sino en muchos otros movimientos, desde los demócratas radicales hasta los altermundistas, quienes muestran las mismas concepciones románticas de base sobre la bondad intrínseca del pueblo, la desconfianza hacia las instituciones y el carácter emotivo, “auténtico” y antirracionalista:

Nunca ningún método pudo explicar el grito de los que quieren cambios urgentes para el mundo. El Foro [Foro Social Mundial, FSM] es un grito en el planeta para decir que Somos Quienes Somos. [...] También he escuchado a quienes dicen no venir a este Foro porque ya no es lo que fue antes[,] una discusión de alternativas, confieso que no entiendo bien esta frase y me deja la sensación de haber sido pronunciada en una docta aula de clases en donde la razón ejerce su absoluta y excluyente soberanía. El FSM es lo que la gente ha hecho que sea, [y] se trata de entender[lo] simplemente como el resurgimiento de la expresión humana tantas veces acallada...⁴³

⁴² Slobodan Milošević, “Speech at Kosovo Field in 1989”, *Gazimestan*, 28 de junio de 1989, en <http://www.icdsm.com/milosevic/kosovo.htm> (fecha de acceso: 4 de julio de 2007).

⁴³ Pedro Avedaño, “Foro Social Mundial 2005, una apuesta hacia la expresión masiva”, *Memoria del FSM 2005*, en http://www.forumsocialmundial.org.br/dinamic.php?pagina=bal_Avendano_2005_es (fecha de acceso: 14 de julio de 2007).

En suma: es cierto que el romanticismo fue muy poco claro en sus planteamientos, quedándose en ideas imprecisas y expresándose sólo mediante emotivos y abstractos discursos sobre el pueblo y la verdad; pero a la vez, vio con desconfianza y hasta atacó violentamente al Estado, a las élites gobernantes y a las instituciones. Justamente por ello –por combinar imprecisión, emotividad y radicalismo– su potencialidad política ha sido tan grande. Hablar de oposición a las formas de organización existentes y particularmente a las dominantes, de cambiar formas de pensar y sentir, de destruir las instituciones opresoras, de suprimir los valores presentes y hacer al hombre libre, no es más que hablar de capacidad para cambiar lo “erróneo”, “injusto” o “antinatural” en el mundo; es hablar de re-fundar la comunidad, de re-crear lo existente: es hablar de poder.

EL DESTINO NACIONAL

Lo dicho hasta ahora no es todo. El enfoque del romanticismo se orienta hacia los fundamentos de la comunidad, a su naturaleza primigenia y a su génesis: en suma, al pasado. Por su lado, el realismo se interesaba más por un presente y futuro seguros para el Estado, que por un devenir glorioso para el pueblo. Sin embargo, los nacionalismos modernos se definen también en función de un futuro compartido y, frecuentemente, de un sentido de misión especial que la nación tiene encomendada. Ello debe buscarse en fuentes distintas: en el mesianismo político. Con este término, J. L. Talmon definió la ideología (o grupo de ellas) que postula la existencia de un orden social particular, armónico y perfecto, que incluye un destino glorioso al cual la comunidad es irresistiblemente conducida.⁴⁴ Por ende, la actividad política se vuelve el arte de aplicar estas convicciones a la sociedad.

El mesianismo político se puede hallar de forma bastante evidente en el nacionalismo, pero también en otras ideologías y movimientos como el socialismo saintsimoniano, el marxismo, entre los demócratas radicales y, por supuesto, en los grupos extremistas religiosos.⁴⁵ En todos ellos, la actividad política se orienta a la consecución de un “destino manifiesto” para la comunidad, al cual se llegará sin importar las dificultades presentes y futuras; si el

⁴⁴ J. L. Talmon, *Mesianismo político: la etapa romántica*, trad. de Antonio Gobernado, México, Aguilar, 1969; del mismo autor, *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres, Mercury, 1961 (en adelante, *The Origins...*). Véase también Michael Oakeshott, *La política de la fe y la política del escepticismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, México, FCE, 1988.

⁴⁵ Talmon, *Mesianismo político*, pp. 21 y ss.; para el caso específico del marxismo, véase del mismo autor *The Myth of the Nation and the Vision of Revolution*, Londres, Secker & Warburg, 1981.

grupo (llámese nación, clase, pueblo, fieles...) está destinado a lograr una sociedad sin clases, cubrirse de gloria, conseguir su libertad o convertir al mundo y ser su faro y guía, ello sucederá de manera segura, incontrovertible, incluso aunque el propio grupo no esté consciente de dicho destino. En el mesianismo político, el futuro no es más que una profesión de fe.

Justamente, esta fe hace que pasado y presente se pongan a disposición del devenir común, y ello en forma doble. Por un lado, ellos sirven para contrastar los problemas y el oscurantismo de ayer y hoy (causados por la dominación del opresor) con las promesas y visiones de un futuro libre, glorioso y pleno. Por el otro lado, al ser interpretada desde el punto de vista mesiánico, la historia de la comunidad se vuelve una saga: cada acto anterior por parte del pueblo y de aquellos escogidos como sus héroes, es visto como un eslabón en una cadena que culmina en una suerte de Paraíso; y si en dicha saga se “reinterpretan” los hechos, o incluso se incorporan francos mitos, ello es totalmente válido si así se contribuye al futuro.

Esta búsqueda del destino glorioso hace que el pueblo tome una relevancia extraordinaria y una calidad moral suprema. Así, mientras que en el realismo político el pueblo se percibe como una masa indolente, voluble y peligrosa, en la mirada mesiánica no cabe ninguna duda sobre la calidad moral del pueblo; éste es inconmensurablemente bueno y, de hecho, es esencial, intrínseca y *necesariamente* bueno: es un pueblo elegido.⁴⁶ Ha sido el larguísimo periodo de sometimiento a fuerzas oscuras (la opresión del extranjero, el poder de la clase dominante, el dominio del hereje...) lo que lo ha hecho manipulable y a veces, indolente y falto de fe en sí mismo. Pese a esto, su naturaleza ética no ha –no *puede* haber– cambiado; entonces, lo que se impone como necesidad histórica y obligación moral es hacerlo libre. Para ello, toda acción, incluida la más radical, es permitida: si hay que matar al enemigo y al traidor, y forzar al indolente a despertar, ello es esencialmente bueno, como un paso más en la consecución del futuro de la comunidad.

De esta manera, la política mesiánica no se interesa en cómo encontrar soluciones prácticas a los problemas cotidianos, a los que desdeña como intrascendentes. Su atención está totalmente puesta en buscar y practicar la verdad y así conducir al pueblo hacia su destino glorioso e irremediable, en el que todos deben participar como obligación moral suprema. Cada individuo debe contribuir con todos sus esfuerzos, de manera activa y verdaderamente convencida; la indiferencia, la tolerancia y hasta la mera aprobación son insuficientes.⁴⁷

⁴⁶ Al respecto, véase Anthony Smith, *Chosen Peoples*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

⁴⁷ Talmon, *Mesianismo político*, pp. 133-134.

Hasta ahora, lo dicho podría verse como una variante extrema del romanticismo. Sin embargo, la diferencia esencial (aparte de la citada atención en el futuro) está en la relación que tiene con el poder político. El romanticismo vio el poder –sobre todo el expresado en estructuras e instituciones– con desconfianza, como mínimo, y hasta con aversión por su naturaleza represiva y limitante; en contraste, en el mesianismo la actividad gubernamental se entiende como la organización de la perfección humana y por ello la esfera política cubre a todas las demás, incluyendo la privada.⁴⁸ Como consecuencia, las estructuras, jerarquías e instituciones se vuelven elementos centrales: son las herramientas indispensables para organizar a la comunidad y alcanzar los mismos objetivos, bajo la luz de una sola verdad. En esta concepción totalizadora y trascendental, el poder en manos de un Estado o una élite no puede (no *debe*) tener límites. Si los hubiera, ello sólo representaría un obstáculo en la consecución del destino común.

Por esta misma razón, en el mesianismo la figura del líder es central: es totalmente indispensable la guía de alguien quien, por su excepcional calidad moral y su comprensión plena del sentido de la Historia, pueda conducir a la comunidad al encuentro con su destino. Los líderes políticos mesiánicos son tanto guías morales como jueces y príncipes, pero más aún, son los salvadores de la comunidad, los Mesías de un pueblo en búsqueda del destino compartido. Por ende, sus decisiones tienen la autoridad moral máxima; son tan indiscutibles como si el propio pueblo las hubiese tomado en una asamblea universal. Así, aunque la comunidad teóricamente sigue siendo el sujeto principal de la historia, el líder se mitifica como su guía, la encarnación de todas sus aspiraciones y valores e intérprete de sus verdaderos deseos.

En resumen, en el mesianismo político

las naciones y las clases no tejen simplemente sus propias vidas [...] sino que representan unas ideas y constituyen unas fuerzas. Los acontecimientos concretos no caen súbitamente [sino que] son el resultado de largos procesos. Los hombres no se limitan a contar sus días [y a] sus jefes no les anima la ambición ni persiguen fines propios; son instrumentos del destino. La victoria o derrota se convierten en veredictos de la Historia [mientras que] la coacción despótica puede ser interpretada como movilización general de fuerzas y los padecimientos sufridos como el precio a pagar por el cambio de mundos.⁴⁹

⁴⁸ Oakeshott, *op. cit.*, p. 56. Asimismo, en palabras de Kedourie (*op. cit.*, pp. 79-80), “la demanda total que el nacionalismo hace sobre el individuo, se origina [...] en el afán por su libertad [entendida como] una condición particular del espíritu que, una vez lograda, asegura la total realización y dicha del individuo. La política es un método de lograr esta visión suprahumana, de mitigar su sed metafísica...”

⁴⁹ Talmon, *Mesianismo político*, pp. 10-11.

Ciertamente, en el nacionalismo podemos encontrar varios elementos del mesianismo. Primero y de manera más o menos explícita según el caso particular, el nacionalismo mantiene un sentido de iluminación, de posesión de una verdad absoluta y colectiva, la cual se demuestra en la naturaleza y se manifiesta en los valores de la comunidad. Incluso en los casos en que se presenta como fundamentalmente laico, el nacionalismo tiene en su origen una veta religiosa, mesiánica, de “pueblo escogido”;⁵⁰ ello ciertamente es más claro en los movimientos nacionalistas más radicales y violentos, pero también se pueden encontrar trazas en los símbolos nacionales, como las banderas, y en las emociones individuales y colectivas que despierta su uso.⁵¹

Segundo, gracias al mesianismo las naciones pueden (re)crear los hechos y actores de tiempos pasados para así formar una historia particular, una saga por la cual todos los sucesos pasados de la nación, así como los esfuerzos de sus héroes, se pueden explicar como contribuyendo al destino colectivo, irremediable y obligado. En otras palabras, gracias al mesianismo el nacionalismo hace de la historia (y del futuro) el relato de un desenlace anunciado.⁵²

Tercero, el mesianismo permite un gran empoderamiento de los líderes nacionalistas. Recuérdese que el realismo enfocaba su atención en las instituciones y ponía al príncipe al servicio de ellas, mientras que el romanticismo buscaba la autenticidad y espontaneidad de individuos y comunidad y por ello tenía sospechas de la autoridad. En cambio, es el mesianismo el que permite identificar a un líder o élite como entes moral y políticamente superiores, que pueden dirigirla porque tienen claro el pasado, presente y futuro de la comunidad; conocen la responsabilidad de cada individuo en ello.

El cuarto y último elemento mesiánico en el nacionalismo es tal vez el más importante. Gracias al mesianismo, los nacionalismos pueden demandar no sólo la cooperación, sino la participación activa y el convencimiento total de cada miembro de la comunidad; cada miembro tiene que mostrar verdadera devoción por la causa:

El nacionalismo [...] es amor por sobre todas las cosas [...] Aquel que ama, no busca razones para su amor [y quien] no puede amar excepto por una razón clara, muestra que su amor o se ha debilitado o ha muerto dentro de él [...] *El amor viene primero y la definición después*. Si el amor es la tierra en la cual tu nacio-

⁵⁰ Véase Conor Cruise O'Brien, *God Land*, Cambridge, Harvard University Press, 1988.

⁵¹ Al respecto, véase Carolyn Marvin y David Ingle, *Blood Sacrifice and the Nation: Totem Rituals and the American Flag*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

⁵² Talmon, *Mesianismo político*, p. 217.

nalismo es cultivado, entonces no hay espacio para visiones diferentes sobre cómo debe ser definido y delimitado.⁵³

Así, todos en la nación deben estar listos para obedecer los dictados de la comunidad, la cual es expresada por la voz de sus líderes. Deben estar prontos a sacrificarse no sólo por la comunidad presente sino por la futura, y hacerlo sin objeción –como se hace obedeciendo a un mandamiento. Sólo al fundir la voluntad personal con la colectiva, la nación y sus miembros podrán ser libres; y sólo siguiendo fielmente a la historia con sus héroes, y al presente con sus líderes, se podrá arribar al destino ya marcado para ella.

LA IRRUPCIÓN DEL PUEBLO

Hasta aquí se ha hablado de tradiciones de pensamiento, intentando mostrar cómo realismo, romanticismo y mesianismo han contribuido al desarrollo conceptual del nacionalismo. Pero, ¿qué función tiene todo ello para el discurso y la movilización política? ¿Quién usa el nacionalismo, con sus componentes realistas, románticos y mesiánicos, y con qué fin?

Muchos autores han señalado, no sin razón, a las élites como los principales beneficiarios del nacionalismo.⁵⁴ Esto, aunque correcto, debe complementarse con una visión más amplia, poniendo atención en el papel del pueblo –sobre todo cuando éste se supone como la base de la soberanía de un régimen político. Al respecto, las preguntas ¿quién conforma al pueblo? y ¿en qué forma el pueblo ejerce su soberanía? son dos de las cuestiones más debatidas en la ciencia política y trascienden, por mucho, el alcance de este texto. Aquí sólo deseo llamar la atención al hecho de que las concepciones sobre “pueblo” y “soberanía popular” han cambiado enormemente en la historia;⁵⁵ pero una vez que el pueblo toma un papel político clave (aunque sea sólo en el discurso), también el nacionalismo se convierte en un elemento central en la actividad política.⁵⁶

En una situación donde se acepta que, como principio, la base de la legitimidad de un sistema o movimiento político es la voluntad popular, entonces las ideas de pueblo y nación se vuelven sumamente difíciles

⁵³ Michel Aflaq, “Nationalism and Revolution”, en Sylvia G. Haim, *Arab Nationalism*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1962, pp. 242-243. El énfasis es mío.

⁵⁴ Véase, por citar sólo algunos, a Hobsbawm, *Naciones...*; Hroch, *op. cit.*; Breuilly, *op. cit.*

⁵⁵ Véase Margaret Canovan, *The People*, Cambridge, Polity Press, 2005. Cf. PUEBLO, en Norberto Bobbio *et al.*, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1995.

⁵⁶ Véase Bernard Yack, “Popular Sovereignty and Nationalism”, *Political Theory*, vol. 29, 2001, pp. 517-536.

de separar: si la nación es una comunidad delimitada según sus características, tiene objetivos, historia y destino comunes y es depositaria de derechos políticos intrínsecos, es fácil que a los ojos de líderes y masas se identifique con el “pueblo soberano” de la tradición republicana. Como apunta Bernard Yack, las doctrinas de soberanía popular otorgan tanto un sentido nacional a las lealtades políticas, como un sentido político a las lealtades nacionales.⁵⁷

Al respecto, conviene recordar que la legitimidad de un régimen no sólo se basa en explicaciones sobre los orígenes de la autoridad existente (mandato divino, tradición o historia, mandato popular...), sino necesariamente también en la existencia de intereses y objetivos compartidos entre la población gobernada y sus gobernantes.⁵⁸ Por tanto, la identificación entre las élites y el resto de la nación (como sinónimo de pueblo) se vuelve esencialmente importante para medir la legitimidad de un régimen o proyecto políticos.

Esto ayuda a entender, por un lado, la importancia de la nación como fuente de legitimidad de un régimen. Pero también permite entender el alcance instrumental del nacionalismo: como una herramienta política al servicio de distintos actores. Gracias a su veta romántica y mesiánica, hasta los argumentos sobre los intereses más concretos y pragmáticos (políticos, económicos, de estatus social, etc.) se pueden presentar en el discurso como basados en visiones sobre la nación, sus bienes, su futuro, sus valores, su soberanía, etc., para así buscar –y muchas veces obtener– legitimidad y apoyo inmediatos. De hecho, para conseguir sus objetivos en la vida pública real, los actores políticos prefieren recurrir a elaborados argumentos sobre el bien y el destino de la nación, en vez de simplemente exponer sus intereses y metas como grupo –incluso cuando ello sería perfectamente válido, legal y hasta ético.

Es de esta manera que el nacionalismo es más que discurso al servicio de las élites. Es un instrumento de la política moderna, que puede usarse por parte de todos los actores de la vida pública en la consecución de sus fines; y es por esto mismo que las referencias a la nación se encuentran en prácticamente cualquier argumento, incluso en aquellos que en los hechos tienen que ver sólo marginalmente con ella. También por esta misma adaptabilidad a las circunstancias, el nacionalismo ha sido mezclado incluso con muchas otras ideologías (incluso con aquellas que originalmente le eran contrarias, como el marxismo⁵⁹) y, ciertamente, con movimientos como los populismos.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 523-530.

⁵⁸ David Beetham, *The Legitimation of Power*, Londres, Macmillan, 1991.

⁵⁹ De hecho, Marx calificaba al nacionalismo como una más de las formas ideológicas y propagandísticas de la clase dominante para perpetuar su poder. Un análisis basado en la lucha universal de clases no puede incorporar fácilmente a una entidad como la

Detengámonos en este último, sólo para ejemplificar y porque es especialmente relevante en la América Latina contemporánea. Hay demasiados debates sobre la definición del término “populismo” y no me detendré en ello más que para señalar los puntos más relevantes. De hecho, si se intentase hacer una caracterización política del mismo, se encontraría en el populismo tal variedad ideológica, que sólo podría ser considerado como un conjunto de discursos basados en nociones imprecisas del “pueblo” como la fuente de la legitimidad política.⁶⁰ Esto por supuesto es muy vago, pero es suficiente para advertir que los movimientos populistas, además de seguir sus propios intereses concretos, también señalan algunos de los lugares comunes y contradicciones internas de la democracia: por ejemplo, la noción de que el pueblo es el origen de la soberanía –lo cual implica preguntas sobre por qué el pueblo ejerce la soberanía a través de ciertas instituciones y no de otras.⁶¹

En un sentido más general, Ernesto Laclau ha señalado que las raíces del populismo se encuentran en la fundamental oposición en los Estados modernos entre las élites y la población en general. Dicha oposición se hace más evidente cada vez que más amplios sectores de la población no encuentran respuesta favorable a las peticiones que hacen a gobernantes y élites. Sin embargo, ello aún no es populismo, sino sólo oposición –incluso en su forma democrática.⁶²

Justamente, lo que define a los movimientos populistas es que trascienden el simple agregado de intereses. Bajo determinadas circunstancias, los distintos grupos sociales en desventaja interactúan y, en tanto, empiezan a identificar a los otros como sus iguales y a pensar en las peticiones de éstos no sólo como legítimas, sino como íntimamente relacionadas con las propias. De esta manera se crea una identidad más amplia, expresada en un movimiento social cohesionado y en donde las peticiones particulares o sectoriales dan paso a una demanda general, comprensiva y coherente, frente a los que se perciben como opresores.⁶³

Así, el populismo para Laclau es una forma de construir la política.⁶⁴ No implica una simple coalición de intereses, sino un movimiento social en pos

nación, la que siempre abarca a distintas clases y además impone fronteras, separando así a proletarios con divisiones artificiales. Por ende, la culminación de la historia no es sólo una sociedad sin clases, sino universal y a-nacional; sin fronteras, dado que no hay Estados. Al respecto, véase George Haupt *et al.*, *Los marxistas y la cuestión nacional: la historia del problema y el problema de la historia*, trad. de Emilio Olcina, Barcelona, Fontamara, 1982.

⁶⁰ Canovan, *op. cit.*, p. 80.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 65-121.

⁶² Ernesto Laclau, *On Populist Reason*, Londres, Verso, 2005, pp. 67-128.

⁶³ *Loc. cit.*

⁶⁴ *Ibid.*, p. XI, *passim*.

de objetivos más amplios. De hecho, no es casualidad que muchas veces sus nombres sean justamente tales: “movimiento”, “frente amplio”, “frente popular”...; pero pocas veces “partido”, un término que, por un lado, enfatiza la división de la sociedad según intereses de grupo y, por otro, hace referencia al tipo de política que el populismo rechaza.

Por su parte, Guy Hermet señala una última característica esencial del populismo: su inmediatez.⁶⁵ Los movimientos populistas exigen que sus demandas sean cubiertas en el instante, sin importar cuán complejas sean. En particular, el populismo no justifica retrasos en la acción de la autoridad debido a las complejidades de los procesos de toma e implementación de decisiones y ni siquiera cuando, por los alcances de las demandas que ha hecho, éstas requieran ser examinadas y aprobadas por múltiples actores sociales y políticos –lo que sucede con mucha frecuencia en los regímenes democráticos. El populismo, como movimiento político, exige respuestas afirmativas y en el instante; por su parte, los líderes políticos populistas justamente ofrecen ello en su discurso: soluciones rápidas, mágicamente rápidas y definitivas.

La relación entre populismo y nacionalismo es muy citada. Es cierto que hay regímenes que llevan el populismo a un grado máximo en la vida interna de sus países (por ejemplo, Chávez en Venezuela), pero que no muestran una vocación tan nacionalista como *intemacionalista*, expresada en su oposición a lo que denominan imperialismo y a la vez, en sus continuos llamados y su activa política exterior respecto a su versión de unidad latinoamericana.⁶⁶ Mas estos casos parecen ser más la excepción que la regla.

En contraste, hay múltiples casos de regímenes y movimientos en donde nacionalismo y populismo están íntimamente relacionados, al punto de ser difícil la separación. Así, no es raro que líderes de los movimientos populistas utilicen argumentos nacionalistas para defender sus programas políticos, mediante un discurso que apela a “los ciudadanos libres”, el “pueblo verdadero” y a “los auténticos patriotas” (tratándolos como sinónimos) para hacer frente a las élites políticas y económicas, a las que se les acusa tanto de oprimir a sus sociedades, como de traicionar a la nación. En esta visión, lo único que queda es la re-fundación: “¡al diablo con sus instituciones! [...] Vamos a la Convención para decidir de manera democrática cuál es el rumbo que más conviene a nuestro país, para lograr una transformación de todas las instituciones de la República, hacer a un lado a la República simulada y

⁶⁵ Guy Hermet, “El populismo como concepto”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 23, núm. 1, 2003, pp. 5-18.

⁶⁶ Al respecto, véase Frédérique Langue, “Petróleo y revolución en las Américas: las estrategias bolivarianas de Hugo Chávez”, *Revista Venezolana de Ciencia Política*, vol. 29, núm. 1, pp. 127-152.

crear una República auténtica, verdadera, hacer a un lado la farsa [...] es el momento de las grandes transformaciones nacionales.”⁶⁷

En este sentido, el líder apela directamente al pueblo para conseguir transformaciones inmediatas y extensivas a todas las clases desfavorecidas –mostrando los rasgos típicos del populismo. Pero el discurso va más allá: primero desconoce a las instituciones existentes por falsas y opresivas y llama al pueblo a refundarse (mostrando así su veta romántica) para después llamar a las grandes transformaciones nacionales y a crear una comunidad “auténtica y verdadera” –dejando ver así su influjo mesiánico. De esta manera, de un discurso originalmente centrado en las demandas de grupos sociales excluidos o desfavorecidos, se ha saltado a la necesidad de refundar toda la nación; de exigencias que podrían (muy legítimamente) hacerse en términos de reclamar el cumplimiento de derechos cívicos y sociales, se pasa a acusar de traición a las élites; de un discurso enfocado en ciertos sectores sociales y grupos de apoyo, se llega a un discurso apelando a la nación entera –o más exactamente, a la “auténtica” nación y los “verdaderos” patriotas, quienes, se asume, estarán de acuerdo con el proyecto que el líder plantea.

El nacionalismo es útil para los líderes políticos también en casos más concretos. Con él, por ejemplo, se pueden presentar bienes de gran importancia económica, no como bienes estratégicos (lo que denotaría una visión pragmática) y ni siquiera simplemente como bienes públicos, sino como “nacionales”. Con ello, automáticamente el recurso natural pasa de ser precisamente eso (un *recurso*) a serle atribuido un carácter trascendental, ético: es tratado como un valor nacional que se debe defender por principio. La mera discusión al respecto acarrea la sospecha de traición. Esto sería difícil de lograr incluso con argumentos puramente populistas, ya que en principio no habría oposición en explotar un bien mientras sus beneficios se destinasen al desarrollo común y particularmente al de las clases desfavorecidas: quien exactamente explotase el bien no tendría tanta importancia como el destino de los recursos obtenidos. Sin embargo, si a dicho bien no se lo ve como un recurso o propiedad pública, sino como un valor de la nación, entonces cualquier intervención de agentes externos a ella es, por principio, inadmisibles. Nuevamente, el nacionalismo puede utilizarse para defender cualquier argumento y especialmente aquellos que están más sujetos a debate.

⁶⁷ Discurso de Andrés Manuel López Obrador, México, 5 de septiembre de 2006. Disponible en <http://www.el-universal.com.mx/notas/373515.html> (fecha de acceso: 6 de septiembre de 2007).

CONCLUSIÓN: LA UTILIDAD DEL NACIONALISMO

A lo largo de este texto, mi argumento central ha sido que el nacionalismo ha unido elementos de tres tradiciones: el realismo y su orientación a metas terrenales y pragmáticas; el romanticismo con sus ideas de autenticidad; y el mesianismo y su sentido de misión compartida. Esa síntesis ha sido la fuente de su gran atractivo como ideología. Después, al unirse a nociones sobre soberanía popular, el nacionalismo se consolidó como parte natural y constante de la vida pública y el debate político modernos, sea por sí mismo o bien incorporándose al discurso, programas y objetivos de otras tradiciones políticas e ideologías, sin (aparente) contradicción.

¿Quiere decir esto que el nacionalismo es una garantía de éxito en la política? Evidentemente, no siempre es así. En múltiples ocasiones los movimientos nacionalistas han fallado en sus objetivos de independencia o soberanía para sus pueblos; igualmente, los argumentos nacionalistas (especialmente los de tinte más radical o violento) no siempre son socialmente aceptados o son seguidos sólo por algunos sectores. Sin embargo, el hecho es que, pese a todas sus contradicciones internas, su indefinición conceptual y hasta su peligrosidad ya probada en los hechos, el nacionalismo sigue siendo utilizado por los más diversos actores políticos, en muy diferentes circunstancias históricas y sociales, y con los más distintos fines –incluso aquellos que objetivamente tienen poco que ver con la nación.

Entonces, si la persistencia del nacionalismo no se explica en su coherencia o claridad conceptual (porque ciertamente adolece de ello), las causas deben encontrarse en su dimensión instrumental: en las ventajas de su uso como instrumento político. Mediante él, se puede emplear casi cualquier elemento o patrón común como una prueba “objetiva” de la existencia de una nación y, así, reclamar los derechos que le corresponden; también se puede definir quién pertenece a ella, quién es extranjero y quién es el enemigo; y se pueden justificar las relaciones de poder en términos de una historia común, de objetivos compartidos y de un destino colectivo. Asimismo, recurriendo a argumentos nacionalistas, es posible legitimar casi todo interés particular o de grupo, al vincularlo a los intereses y bienestar nacionales; incluso, se puede dar sustento moral a las decisiones más radicales y pragmáticas, si ellas se presentan como necesarias para la seguridad y futuro de la nación. El nacionalismo es una herramienta, como otras que existen en la política; pero es una particularmente útil y adaptable. Es precisamente por eso, por su utilidad política y adaptabilidad, que el nacionalismo sigue siendo un instrumento esencial de la vida política, en las más diversas circunstancias.

BIBLIOGRAFÍA

Monografías

- Aguayo Quezada, Sergio, *El panteón de los mitos*, México, Grijalbo-El Colegio de México, 1998.
- Alter, Peter, *Nationalism*, [Londres], Edward Arnold, 1989.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities*, ed. rev., Nueva York, Verso, 1991.
- Babbitt, Irving, *Rousseau and Romanticism*, Nueva York, Meridian, 1959.
- Beetham, David, *The Legitimation of Power*, Londres, Macmillan, 1991.
- Berlin, Isaiah, *Contra la corriente*, trad. de Hero Rodríguez, México, FCE, 1983.
- , *Árbol que crece torcido*, trad. de Jaime Moreno Villarreal, México, Vuelta, 1992.
- , *Las raíces del romanticismo*, trad. de Silvina Marí, Madrid, Taurus, 2000.
- Billig, Michael, *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995.
- Breuilly, John, *Nacionalismo y Estado*, trad. de José M. Pomares, Barcelona, Pomares-Corredor, 1990.
- Brubaker, Rogers, *Nationalism Reframed*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Calhoun, Craig, "Nationalism and Ethnicity", *Annual Review of Sociology*, vol. 19, 1993, pp. 211-239.
- Canovan, Margaret, *The People*, Cambridge, Polity Press, 2005.
- Cernuda, Luis, *El pensamiento poético en la lírica inglesa, siglo XIX*, México, UNAM, 1974.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, "Los crímenes de la patria: las guerras de construcción nacional en México (siglo XIX)", *Metapolítica*, núm. 5, 1998, pp. 19-38.
- , *La mirada de Dios*, México, Paidós, 2000.
- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, trad. de Javier Setó, México, Conaculta-Alianza, 1988.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar (coord.), *Historia y nación*, 2 t., México, El Colegio de México, 1998.
- Haim, Sylvia G., *Arab Nationalism*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1962.
- Hastings, Adrian, *La construcción de las nacionalidades*, trad. de Cristina Piña, Madrid, Cambridge University Press, 2000.
- Haupt, George et al., *Los marxistas y la cuestión nacional: la historia del problema y el problema de la historia*, trad. de Emilio Olcina, Barcelona, Fontamara, 1982.
- Hermet, Guy, "El populismo como concepto", *Revista de Ciencia Política*, vol. 23, núm.1, 2003, pp. 5-18.
- Hobbes, Thomas, *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*, trad. de Manuel Sánchez, México, FCE, 1980.
- Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1992.

- , “Mass-producing Traditions: Europe, 1870-1914”, en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 263-307.
- Hroch, Miroslav, *Social Preconditions of National Revival in Europe*, trad. de Ben Fowkes, Nueva York, Cambridge University Press, 1985.
- Hulme, T. E., “Romanticismo y clasicismo”, en su libro *Especulaciones: ensayos sobre humanismo y filosofía del arte*, trad. de Vicente Gaos, México, UNAM, 1979.
- Kedourie, Elie, *Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1993.
- Kissinger, Henry, *La diplomacia*, trad. de Mónica Utrilla, México, FCE, 1995.
- Kymlicka, Will, *Multicultural Odysseys*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- Laclau, Ernesto, *On Populist Reason*, Londres, Verso, 2005.
- Langué, Frédérique, “Petróleo y revolución en las Américas: las estrategias bolivarianas de Hugo Chávez”, *Revista Venezolana de Ciencia Política*, vol. 29, núm. 1, pp. 127-152.
- Lomitz-Adler, Claudio, *Las salidas del laberinto*, trad. de Cinna Lomnitz, México, J. Mortiz, 1995.
- , *Modernidad Indiana*, México, Planeta, 1999.
- Mabire, Bernardo, “Dilemas del nacionalismo oficial mexicano”, *Foro Internacional*, vol. 39, núm. 4, 1999, pp. 479-498.
- Maquiavelo, Nicolás, *De Principatibus*, trad. de Elisur Arteaga y Laura Trigueros, México, Trillas, 1993.
- Martin, Terry, *The Affirmative Action Empire*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.
- Marvin, Carolyn y David Ingle, *Blood Sacrifice and the Nation: Totem Rituals and the American Flag*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- Meinecke, Friedrich, *La idea de la razón de Estado en la edad moderna*, trad. de Felipe G. Vican, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.
- Oakeshott, Michael, *La política de la fe y la política del escepticismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, México, FCE, 1988.
- O’Brien, Conor Cruise, *God Land*, Cambridge, Harvard University Press, 1988.
- Ortega y Gasset, José, *Ideas y creencias*, Madrid, Revista de Occidente, 1942.
- Paz, Octavio, *Los hijos del limo*, en sus *Obras completas*, t. 1, México, FCE, 1994.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Avatares del nacionalismo cultural*, México, CIDHEM-CIESAS, 2000.
- Popper, Karl, *The Open Society and its Enemies*, Londres, Routledge, 2003, 2 ts.
- Schleiermacher, F. D. E., *Monólogos*, trad. de Ramón Castilla, Buenos Aires, Aguilar, 1960.
- Schmitt, Carl, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*, trad. de A. Atili, México, UAM, 1997.
- , *El concepto de lo político*, trad. de Rafael Agapito, Madrid, Alianza, 1998.
- Segovia, Rafael, *La politización del niño mexicano*, México, El Colegio de México, 1977.

- Schenk, H. G., *El espíritu de los románticos europeos*, trad. de Juan J. Utrilla, México, FCE, 1983.
- Smith, Anthony D., *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell, 1986.
- , *National Identity*, Londres, Penguin Books, 1991.
- , *Chosen Peoples*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- Talmon, J. L., *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres, Mercury, 1961.
- , *Mesianismo político: la etapa romántica*, trad. de Antonio Gobernado, México, Aguilar, 1969.
- , *The Myth of the Nation and the Vision of Revolution*, Londres, Secker & Warburg, 1981.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna*, México, FCE, 1998.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975.
- Yack, Bernard, "Popular Sovereignty and Nationalism", *Political Theory*, vol. 29, 2001, pp. 517-536.

Fuentes electrónicas

- Avedaño, Pedro, "Foro Social Mundial 2005, una apuesta hacia la expresión masiva", *Memoria del FSM 2005*, en http://www.forumsocialmundial.org.br/dinamic.php?pagina=bal_Avendano_2005_es (fecha de acceso: 14 de julio de 2007).
- Discurso de Andrés Manuel López Obrador, México, 5 de septiembre de 2006. Disponible en <http://www.el-universal.com.mx/notas/373515.html> (fecha de acceso: 6 de septiembre de 2007).
- Milošević, Slobodan, "Speech at Kosovo Field in 1989", *Gazimestan*, 28 de junio de 1989, en <http://www.icdsm.com/milosevic/kosovo.htm> (fecha de acceso: 4 de julio de 2007).
- The Nationalism Project*, en <http://www.nationalismproject.org/what.htm>